

TRÍPTICO DEL FIN DEL MUNDO

LA GUERRA

La sombra extendió ramas de silencio sobre el vientre del mundo. El rumor del sueño penetraba las ciudades oscurecidas y el ojo vigilante de la luna pendía sobre colinas que nunca...

Una luciérnaga, un brillo meteórico en el vestido negro de la noche, que espléndido broche para el aire...

Todo todo todo todo todo con la infinitud del absoluto parece tranquilo en una noche. Un niño duerme.

Nunca se debería apoyar la cabeza sobre una almohada de mentiras, nunca se debería abandonar el cuerpo sobre una cama de odio, nunca se deberían cerrar los ojos bajo un cielo incierto, nunca...

El niño se ha despertado y llora, los viajeros huelen el horizonte insólitamente brillante, el aire tiembla con un fragor innatural. Taparse con un puño los sentidos, correr hasta quedarse en el mismo lugar, desenmarañar el pecho, entrecruzar los dedos aunque ya no haya dios capaz de detener al hombre... tratar de olvidar la vida para esconderla en el reino de la muerte... sofocar con una lápida los versos.

Un niño se despierta en la noche, llora, tiembla el aire y el horizonte se incendia. Terror. Ni el más sabio ni el más viejo ni el más hermoso calman la sed que devora la garganta del poder.

Sus esclavos marchan ciegos ordenan ciegos una estrategia ciegos y duermen ciegos tranquilos allá lejos, en la nada las filas de soldados los tanques las bombas una... ceguera a la distancia.

Un niño se despierta en la noche. Una, dos, tres, las cosas caen, los arboles caen, los jardinees minuciosos, la torre del campanario, la plaza en su verde cuadrilátero, un sueño que nunca termina no es más que una pesadilla.

Duerme duerme mi bien que tu ángel guardián duerme duerme duerme duerme y no te despiertes nunca, afuera espera la muerte, una ronda infinita, un estribillo de fuego, lleno de pequeños ojos, pequeñas manos, pies cercenados.

Sueñan niños y madres y viejos y soldados, sueñan los sueños robados al mundo, sueñan la sombra, el color, la música y reemplazan todo con esta explosión que llueve sobre la ciudad una nube de cabellos, de suspiros, que silencio reina en el universo detrás de una bomba.

Desde una ventana ciega una sombra de mujer contempla sin futuro sus recuerdos, la infancia, la muñeca de trapo, el amor detrás de la puerta, los hijos inesperados, la sutil impalpable borrachera de la vida, hasta esa tarde frente a la ventana, hasta un relámpago sordo, hasta un grito. Todo. Guerra. Guerra a las hormigas, guerra al calor, guerra de moscas en la siesta.

El mundo ya no tiene manos.

Un hombre camina en medio del desierto con un ramo de flores contra el pecho: no hay soledad más grande, una tumba que no existe. Buscar una tumba, la soledad.

Toda esa grande extensión de pampa y Patagonia, una lápida innumerable, sin cruz, sin foto, sin nombre, sin sombra. Sombra. Prueba a posar esas flores en medio de tu corazón: el próximo, antes de aprender a hablar, el próximo, antes que abras los ojos, el próximo, pierde tu nombre, próximo, haz silencio, próximo, cierra los ojos. No hay nada que ver en un país tan olvidadizo. Hoy recuerdo, constante lucidez de enamorado, los nombres de todas las víctimas.

EL HAMBRE

Un niño despierta en la noche, peligro.

Silencio, un campo dormido. Sequía, un niño dormido.

Pudiera esta nube de moscas hacer sombra a la cabecita reclinada, miles de alitas de aire alrededor de una boca vacía. Entonces el gran señor de la nada ordenó:

La misión de una mosca es alimentar un niño.

Desde entonces las moscas tienen miedo.

Miles de alitas y miles de ojitos polifacéticos verdes contra millones de bocas desoladas de cavernas como abismos sin fondo. No hay fondo. No hay fondo.

Las moscas vuelan un último vuelo, alimentan poco.

De noche hay que dormir. Un refugio gigantesco un día despertara al mundo. Se asomaran los peces de los mares, caerán las estatuas, los imperios temblarán y la tierra abrirá un ojo que nunca había mirado:

El refugio de millones de estómagos vacíos llenará de pavor el universo, llenará de pavor el universo, llenará de pavor al universo, llenará de pavor al universo, el universo.

Daniel Fermani

Dicen que en África las moscas tienen miedo, que poco a poco, sutil vuelo incoloro, están llegando a cualquier parte, llenas de alas, de ojos, de patas negras, de miedo, a curar el hambre, envidias por dios.

GLORIA

A estas alturas donde nunca llega tu palabra.

A estos abismos donde no se ve tu rostro.

Al silencio.

El tigre que colorea el aire, el aire.

La serpiente que acaricia el desierto. El desierto.

El cóndor en la cúspide de roca. La roca.

Los ríos, los mares, el viento en la estepa, la silueta poderosa del elefante, el canto de las estrellas en La Pampa, la ceguera del sol.

El hombre te salve, mundo.

Que no basten las guerras para desangrarte, que no alcancen las hachas ni el fuego para desvestirte, que el veneno no seque tu sangre ni perfore tu vientre el estallido inmenso de esta gran locura.

Reproduce tus fieras de antaño, libera los monstruos de tu sueño, desencadena la furia de tu belleza y barre con la idiotez. Que no haya un hombre en la desesperada superficie de tu rostro que haya olvidado tu nombre. Enseña la vida.

A la vida que empuja desde abajo, a la luz que fecunda y al semen que baña un cuerpo blanco.

Al amante que duerme extenuado, a su boca que guarda un sabor inconfundible.

A todo lo que nace y a la muerte: gloria.

Acoge, mundo, en tu infinita misericordia, la sangre de los asesinos, y fecunda animales, plantas, rocas, artistas y poetas para los días que vienen.